

x·rite

colorchecker CLASSIC

Ricardo Fernández Blanco

Con la guitarra...

(CANTARES)



PRÓLOGO

DE *Reg. 1771*
D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN
de la Real Academia Española

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551
1909

100mm

Precio: DOS pesetas

Ricardo Fernández Blanco

Con la guitarra

(CANTARES)

PRÓLOGO

DE

D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID:

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1909

6497

26



6497

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura.

a - 2 - 4 - d

F

Cua

* Est. *1*

* Tab. *2*

* Núm. *29*



CON LA GUITARRA...

41000905

Es propiedad del autor

Ricardo Fernández Blanco

Con la guitarra...

(CANTARES)



PRÓLOGO

DE

Reg. 1721
D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

de la Real Academia Española

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

1909



Carta prólogo

Madrid, 31 de Agosto de 1909.

Sr. D. Ricardo Fernández Blanco.

Muy señor mío y distinguido amigo: De un tirón y con verdadero deleite he leído, en las pruebas que usted tuvo á bien mandarme, la colección de sus cantares originales intitulada *Con la guitarra...*, y, pues usted desea saber qué me parecen, allá va mi opinión, manifestada con franqueza. Yo sé de antemano que usted no ha de engreirse por lo que de ella le sea favorable, ni de enojarse por los reparillos que se me ocurren, y que, á la verdad, se refieren á faltas venialísimas.

En mi opúsculo *Juan del Pueblo* dije yo ha más de veintisiete años, y repetí poco después en el prólogo de mi colección de

Cantos populares españoles, que «cuando el poeta literato escribe coplas no es sino un hijo del Pueblo, que sabe escribir lo que otros hermanos suyos tienen precisión de confiar á la memoria». Así, á mi juicio, usted al escoger para la expresión de sus ideas y sentimientos poéticos los moldes populares, tan simpáticos como humildes, se ha obligado con sus lectores, si no por convención ó pacto expreso, por una especie de cuasicontrato, á darles cantares hechos á la real de España, es decir, tales como los hace y los canta nuestra gente popular. Y por consecuencia—fuera de lo que usted haya sabido poner en ellos, que esto es harina de otro costal,—los cantares de usted serán tanto mejores cuanto más se parezcan á los mejores del pueblo en la espontaneidad, en los afectos, en el ingenio, en la gentil sencillez de expresión; que todo esto los ha de hacer asequibles y comunicativos, y así dijo Ruiz Aguilera, con tanto acierto como donaire:

El cantar, para ser bueno,
ha de ser como la cola:
que se pegue... al que lo escucha,
cuando salga de una boca.

Y pregunto: ¿*Se pegan* los cantares de usted? Y en cuanto á los que menos *se peguen*, ó no *se peguen* nada, ¿qué causas lo motivan?... Ahora, por dar lo agrio al principio y dejar la mielecilla para postre, usted me permita que responda primero á la segunda pregunta.

Porque no encajan en los moldes generales, pierda usted toda esperanza de ver prolijadas por la Musa popular las coplas de su colección números 13, 205, 220 y 270, que no son sino redondillas corrientes y molientes, como todas aquellas que (pretendiendo introducir una reforma, que no cuajó) llamaba *cantares* el insigne autor de las *Doloras*. Y aun las cuartetos aconsonantadas (números 189 y 245) no son cosa muy popular: por excepción, entre quince millares de coplas vulgares que he recogido, habrá hasta una docena de esta clase. Porque nuestro pueblo gusta de la sencillez del romance, y por maravilla pasa de la simple asonancia. Ni tampoco verá usted en sus coplas, sino tal cual vez y por donaire, versos esdrújulos, como aquel

toda mi vida besándote,

del cantar núm. 40. Las tonadas que sirven de vehículo á las coplas comunes están compuestas para versos llanos, y en ellas caben bien los agudos; pero los esdrújulos ni con un mazo entran.

Tampoco se acomodarán á las diversas tonadas de las *playeras* (quizás llamadas así, no de *playa*, sino de *plañideras*, pasando por las formas *plañieras* y *plañeras*), los penúltimos versos de las de usted, que son unas veces de diez sílabas (decasílabos de himno), como el núm. 82,

cada vez que me miran airados...,

y las más, de doce, verbigracia el núm. 6:

...dámelas toditas, que aún caben algunas...

No: el tercer verso de las seguidillas gitanas es invariablemente un endecasílabo *sui generis*, con una cadencia especial (*caía—caída*—suelen llamarla los *cantaores* andaluces) que separa las cinco sílabas primeras de las seis restantes.

D. Narciso Campillo puso fielmente en su *Poética* un buen dechado de estas coplas, hoy menos gitanas que *flamencas*; pero cita-

ré otras, de tres y de cuatro versos, para que repare usted bien en la medida y en la estructura del tercero:

No sé lo que tiene
la yerbagüena—de tu güertesito,
que tan bien me güele.

—

Me disen á mí
que si te quiero,—mare de mis ojos;
yo digo que sí.

Dentro e mi pechito
tengo yo su imange:
manque me yeven—á la fin der mundo,
no hay quien me la arranque. —

—

Penas tié mi mare,
penas tengo yo;
y las que siento--son las e mi mare,
y las mías no.

En fin, todas estas quisicosas son *petaca minuta* (que decía el otro), y, como el oficio de aguador, se aprenden al primer viaje. Y lo mismo el evitar ciertas sinalefas y sinéresis harto violentas, de que hay casos, por ejemplo, en los cantares 2, 34 y 163. Usted es joven, anda por primera vez este camino,

con muy gentil disposición por cierto, y si, al decir del refrancillo del vulgo, el usar saca oficial, por lo que columbro, á dos por tres le sacará á usted maestro.

Columbrar he escrito, y lo mismo habría podido escribir que lo que con los ojos veo con el dedo lo adivino. Sobre que usted *tiene cosas que decir* en sus cantares y sabe decir las bien y con novedad, acierta casi siempre—y ahí está el toque—con la *manera* popular de la expresión, cosa que, siendo ó pareciendo sencilla, permanece vedada para no pocos. Así, algunos de sus cantares entrarán, ó mucho me engaño, en el acervo común del pueblo, tan pronto como su libro de usted empiece á correr mundo. ¿Que cuáles serán los afortunados, los *que se peguen*, como decía Ruiz Aguilera?... Mucha curiosidad va siendo, pero probaré á conjeturarlo. Búsquelos usted entre los que llevan los números 11, 26, 33, 38, 87, 94, 96, 97, 110, 133, 188, 214, 228, 234, 259, 265, 266, 267, 268 y 293. ¡Todos ellos son *como la cola!*

Mi cordial enhorabuena, y usted me tenga por su amigo affmo. q. l. b. l. m.,

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.



Con la guitarra...

1

Soy el cantor de las penas
que la humanidad padece,
por la maldad de los hombres
y el amor de las mujeres.

2

Yo sueño cuando canto,
y en mis cantares
copio de mis ensueños
los ideales.
Por esa causa,
quien conozca mis coplas
conoce mi alma.



3

Cuando escucho las campanas
pienso con gozo y con pena
que ellas solas en el mundo
llorarán cuando me muera.

4

No sé por qué desafías,
niña, con tus ojos negros,
para presentar después
bandera de parlamento.

5

Me han dicho no sé que cosas
que vas diciendo de mí,
sin ver que son tuyas propias.

6

¿Por qué tienes penas,
viviéndote yo?
Dámelas toditas; que aún caben algunas
en mi corazón.

7

En medio de esa alegría
tan grande de que alardeas,
descubro un mundo interior
de lágrimas y de penas.

8

Creo que ni tú ni yo
tasamos bien el cariño:
para ti, no vale nada;
para mí, vale infinito.

9

Conforme se encuentra el alma
marcha el reloj de la vida:
espacio, si tiene penas,
y corriendo, si alegrías.

10

Su cuerpo yace en la tierra;
su imagen vive en mi pecho;
su recuerdo en mi memoria
y entre mis labios sus besos.

11

Tan hecho estoy á las penas,
que ya no quiero alegrías;
que las penas no me matan
y ellas sí me matarían.¹

12

Es la lengua universal
el idioma del amor;
los labios son elocuentes
cuando dicta el corazón.

13

Crees que porque huyo de ti
has triunfado en la porfía;
ya verás cómo algún día
reconoces que vencí.

14

Al dormirme cada noche,
lleno de alegría pienso;
—¡Para dejar esta carga
ya me falta un día menos!



15

Ya conozco tu sistema:
odias al que más te quiere
quieres al que te desprecia.

16

Si quieres matarme,
aquí está mi pecho;
pero no me hieras usando por arma
tus ojazos negros.

17

¡Qué orgulloso estaba yo
con tu amor y el de mi madre!
Murió con la pobre el suyo;
el tuyo duró un instante.

18

¡Cuánto afán, cuando se es niño,
por llegar á ser un hombre,
despreciando tanta dicha,
por buscar tantos dolores!

19

Es amor de los que matan
el amor que te juré;
que no sólo de amor mueren
los amantes de Teruel.

20

Con mimos y con *achares*
me das esperanza y muerte;
si estoy triste, me consuelas,
para luego entristecerme.

2

21

Cuando yo estoy triste y cantas,
cada nota es un puñal
que se me clava en el alma.

22

Yo no quiero un cariño
que sea muy grande,
y que muere de hastío
apenas nace:
quíereme, niña,
con un amor que dure
toda la vida.

23

Tus ojos, grandes y negros;
tus labios, finos y rojos;
la vida me dan tus labios;
la muerte me dan tus ojos.

- 24

Quiero, niña, que me quieras
como me quiso mi madre;
como hueso de tus huesos,
como carne de tu carne.

25

Maldita mi suerte,
que te puso al paso;
que antes era triste para mí la vida,
pero no era tanto.

26

El cariño verdadero
marcó Dios con una raya;
el que no llega, no quiere;
y el que llega, no traspasa.

27

No pensé, madre del alma,
que cupiera tanto amor
como yo la tengo á ella,
en un solo corazón.

28

Cuando te veo callada
pienso:—¿Qué estará ideando
para destrozarme el alma?

29

Me dicen que has dicho tú
que te dijo ayer tu madre
aquello que yo la dije
que no le dijera á nadie.

30

A mi corazón vencí
en la lucha por tu amor;
ahora manda la cabeza
y obedece el corazón.

31

Me predijo una gitana
el final de tu querer,
y hoy creo en gitanerías
como en preceptos de fe.

32

De un mismo tronco dos ramas
mira una al Sur y otra al Norte:
así nuestros pensamientos;
así nuestros corazones.

33

Cuando nos dejaron solos,
me negó un beso tu boca
y me le dieron tus ojos.

34

Me ves llorar y te ríes;
yo te veo reír y lloro;
á ti te alegran mis penas,
y á mí me mata tu gozo.

35

Quise alcanzar una rosa
y me hirieron sus espinas:
me hirieron los desengaños
cuando quise hallar la dicha.

36

Podrá el destino alejar
nuestros dos cuerpos, morena;
para alejar nuestras almas
no habrá fuerzas en la tierra.

37

Me fuí de su lado
loquito de celos;
venció su cariño, porque en mí no cabe
otro sentimiento.

38

¡Qué dichoso aquél que tiene
unos ojos que le lloren
y unos labios que le recen!

39

Los pesares del cariño
matan, pero lentamente;
que con el que se enamora
es cruel hasta la muerte.

40

Un beso te di en la boca
no sé por qué me dejaste,
pues ahora quisiera estar
toda mi vida besándote.

41

Cuando me diste tú el sí
era una noche de luna;
la noche de tu traición
era oscura, muy oscura.

42

Eres una desdichada:
tú crees que engañas á todos
y eres tú la que te engañas.

43

Intenté matarla,
y al alzar el brazo,
pensé:—Madre mía, que viva y me odie;
que yo no la mato.

44

Tus ojos á los míos
dicen, morena,
todo lo que tu boca
tanto reserva.
Yo sé por ellos
los secretos más hondos
que hay en tu pecho.

45

Si es que no quieres errar
en cuestiones del amor,
cierra los ojos y escucha
lo que diga el corazón.

46

Los angelitos del cielo
le están suplicando á Dios
que te lleve allí con ellos.

47

Quisiera no verte nunca,
pues cada vez que te veo
la sangre nubla mis ojos;
el frío hiela mis huesos.

48

Mil veces ofrezco
no hablarte jamás,
y á los dos minutos, si ya no te hablo,
no sé qué me da.

49

Las penas de mi destino
no quisieron llegar tarde:
vinieron cuando nací;
moriré cuando se acaben.

50

Muchas noches entre sueños
te veo junto á mi lado,
lo mismo que te veía
antes, sin estar soñando.

51

Si me muero y á otro quieres,
ten cuidado en la elección;
no sentiré verte de otro
si te quiere como yo.

52

No me digas que me quieres,
mcrena, porque en los ojos
se te conoce que mientes.

53

Apenas vine á este mundo
mi madre me abandonó,
y aún exclamo:—¡Madre mía!—
cuando me mata el dolor.

54

Me dejaste á mí por él,
y después él te insultó;
yo le maté en tu defensa:
¡así pago tu traición!

55

Lo mismo que un niño
con un dulce calla,
yo ceso en mis quejas y río de gozo
con una mirada.

56

Quisiera meterte, niña,
dentro de mi propio cuerpo,
ya que eres sér de mi sér
y eres hueso de mis huesos.



57

Después de tu ingrato amor,
puse el mío en otro ingrato;
que es mi sino, en el querer,
obtener siempre ese pago.

58

Te callas y no contestas;
me basta con que me mires
para saber lo que piensas.

59

Comparas nuestro cariño
con el amor de mi madre,
como si ese amor pudiera
con ninguno compararse.

60

Tienen, niña, nuestros ojos
un destino desigual:
los tuyos, para matarme;
los míos, para llorar.



61

Cuando me diste aquel beso,
tus manos eran de nieve;
tus labios eran de fuego.

62

No crees en mis juramentos
pues me juzgas como tú;
que juraste no olvidarme
por tu madre ante una cruz.



63

Todo lo forja al revés
la fuerza de mi destino,
pues cuando río es que lloro,
y cuando lloro es que río.

64

Si yo hubiera conocido
tu aversión á obedecer,
te hubiera guiado al mal,
para que hicieras el bien.

65

A tus pies, como un cobarde,
imploré piedad en vano:
¡con razón me despreciaste!

66

En el corazón humano
hay espacios bien distintos:
para los rencores, grandes;
para los afectos, chicos.

67

Clavado á una cruz murió
el Redentor de los hombres:
es el destino que alcanza
á todos los redentores.

68

Me matas las alegrías,
porque son aves de paso,
y sólo me dejas penas,
que aves son de todo el año.

69

No me dan, miedo las fieras,
y me le dan, como á un niño,
los ojos de una morena.

70

Sembré flores en su tumba
y las regué con mis lágrimas,
y las pobrecitas flores
se murieron abrasadas.

71

Parece que Dios maldijo
cuanto en torno mío flota;
sólo mi sombra me sigue,
y hasta me asusta mi sombra.

72

Pasó el amor de mi madre,
y tu amor también pasó:
tan sólo las penas duran
en mi triste corazón.

73

Quiero explicarme, y no puedo,
cómo cabrá, madre mía,
en mí el amor que la tengo.

74

Las flores de tu jardín
se cierran si tú las miras,
unas, porque son modestas;
y las otras, por envidia.

75

Todas esas gracias
que en ti ha puesto Dios,
para mi tormento, morenilla mía,
sólo te las dió.

76

Esta noche he soñado
que me besabas;
que á mi lado, cerquita,
muy cerca estabas.
Y al despertarme
y ver que era mentira,
¡me dió un corajel...

77

Juraste tú amarme siempre
y yo te escuché en silencio:
¡he escuchado tantas veces
ese mismo juramento!

78

Para admitirme en el cielo
me dijo San Pedro:—Olvidala—
y yo le dije:—No puedo.

79

Si es este mundo tan grande
tan pequeño, que me ahoga, —
¡qué grande debe de ser
la pequeñez de una fosa!

80

Penas que del amor nacen
se curan con otro amor;
la pena mala es la pena
que arraiga en el corazón.

81

El día que la enterraron
apenas si brilló el sol;
salió, besó su cadáver
y en seguida se ocultó.

82

Madrecita mía,
no sé lo que siento
cada vez que me miran airados
sus ojazos negros.

83

Él te ha destrozado el alma,
y tú me eliges á mí
para saciar tu venganza.

84

La semilla de la pena
sembró el azar en mi pecho;
floreció y echó raíces,
como en el mejor terreno.

85

A las puertas de la muerte
la dije:—Pídele á Dios
que nos junte para siempre.

86

Yo no voy al camposanto
porque me da mucha pena
volver sin haberla visto,
estando tan cerca de ella.

87

Mi madre, á llorar mis penas;
tú, á reir mis alegrías;
que no me falte su llanto;
que no me falte tu risa.

88

Desecha, niña, esas galas,
compradas á tanta costa,
y que dejan entrever
los girones de tu honra.

89

¡Ay, morena mía,
alma de mi almal
Al pensar en tu olvido, chiquilla,
no sé qué me pasa.

90

Mira tú si me haría daño
toda la perfidia aquella,
que hasta á mi pobre guitarra
se le saltaron las cuerdas.

91

Temes que tome venganza
escribiéndote un cantar;
si tú has sabido olvidarme,
yo he sabido perdonar.

92

Yo no mancho mi guitarra
con girones de tu honra:
todo aquello está en mi pecho
como bajo de una losa.

93

Llevas el cielo en la cara,
para que nadie sospeche
que es un infierno tu alma.

94

Fatigas de muerte paso
cada vez que considero
lo cerca que están dos almas,
lo lejos que están dos cuerpos.

95

Ceñía su frente
corona de azahares;
nunca los naranjos cedieron sus flores
pá cosa más grande.

96

Me dicen que ha dicho el cura
que te va á echar de la iglesia,
pues la devoción se acaba
en cuanto pisas la puerta.

97

La amapola nos oyó,
y desde entonces sus flores
tomaron ese color.

98

A la Virgen de la Ermita
vamos á rezar los dos;
yo, á pedir por tu cariño,
tú, á pedir por otro amor.



99

No te choque que te pida
más cariño y más y más,
porque quiero que me quieras
como nunca me querrás.

100

¡Qué mal sientan en tu pecho
esos ramitos de azahares!
¿O es que ya olvidaste aquello?

101

Dices que no me quieres
y tienes celos;
desde que el mundo es mundo
no hay otro ejemplo:
porque al cariño
sus hermanos los celos
van siempre unidos.

102

Si al verme muerto te apiadas
de mí, por Dios no me beses,
pues al revivir perdía
el descanso de la muerte.

103

Gitanilla mía,
cachito de cielo,
entorna esos *clisos* que, al mirar, parecen
dos hojas de acero.

104

La caja de mi guitarra
contiene mis alegrías
en confusión con mis lágrimas.

105

Cada sonrisa que surca
tus rojos labios de grana
me revela una tormenta
en el fondo de tu alma.

106

No hace falta ser profeta
para predecir el fin
que, si no cambias, te espera.

107

Como arcaduces de noria
son las penas de mi pecho:
vienen unas detrás de otras
y nunca se las ve el término.

108

Envidio á la tierra,
madrecita mía,
que guarda en su seno, avara, aquel cuerpo
que tanto quería.

109

Mi corazón es muy chico,
y el tuyo, grande, muy grande:
para aborrecerme, el tuyo;
y el mío, para adorarte.



110

Por fuerza se equivocaron:
á ella la enterraron viva
y á mí muerto me dejaron.

111

Si las paredes oyeran
según afirma el adagio,
se habrían vuelto encarnadas
las paredes de tu cuarto.

112

Después de muerta mi madre
estampé un beso en su frente;
desde entonces en mis labios
siento el frío de la muerte.

113

Hay sonrisas que son lágrimas,
lágrimas que son sonrisas;
que reír hacen las penas
y llorar las alegrías.

114

Cuando el mundo te desprecie,
ven á mí; que mientras viva
tendrás tú quien te consuele.

115

—No llores,—dijo mi madre;—
no te apenes, hijo mío:
si su cariño te falta,
aquí tienes mi cariño.

116

Eres una mala hierba
que el azar sembró en mi pecho,
y que va echando raíces,
y va creciendo, creciendo.

4

117

Si anhele la libertad,
es para vengar su infamia;
que, faltándome su amor,
para nada me hace falta.

118

Estando ya muerta,
me acerqué á su caja;
y al besar su boca, sentí que sus labios
un beso me daban.

119

Mira si mi pena es grande,
que hasta de la pena mía
tiene lástima tu madre.

120

Quisiera tenerte, niña,
donde no entrara ni el aire,
pues hasta del aire mismo
¡tengo unos celos tan grandes...!

121

Siendo el corazón humano
tan pequeño como es,
no me explico cómo caben
tantas maldades en él.

122

Robé para que comieras
y me prendió la justicia;
y al conducirme á la cárcel,
lloraba yo de alegría.

123

Por ti abandoné á mi madre;
la pobre murió de pena;
al irse al cielo se fué
mi felicidad con ella.

124

Es para mí tu cariño
tan necesario á mi vida
como el aire que respiro.

125

Las penas surcaron
de arrugas mi frente;
mis negros cabellos volviéronse blancos
igual que la nieve.

126

Porque dices que me quieres
piensas que lo creo yo;
lo creería si ignorase
que no tienes corazón.

127

Camino del camposanto
me voy á llorar mis penas,
y es la más grande de todas
tener que emprender la vuelta.

128

No me mires, vida mía;
aparta tus ojos negros;
que tus ojos para mí
son dos malos consejeros.

129

La última flor que me diste
la llevo siempre en el pecho;
que esa flor en cada hoja
tiene para mí un recuerdo.

130

Las flores están de fiesta,
porque al morirse mi niña,
se acabó la competencia.

131

Después de mirar tus ojos
ya no temo á las navajas;
que éstas hieren en el cuerpo
y tus ojos en el alma.

132

Besaste una flor un día,
luego besé yo la flor,
y aún en ella se sentía
de tus labios el calor.

133

Subiste á la gloria,
y al mirar tu garbo,
—¡Olé las mujeres!...—exclamó San Pedro,
terciándose el manto.

134

Si me dejas algún día,
mereces ir á la cárcel;
que no por matar así
es un crimen menos grande.

135

¡Qué ingratos somos los hijos!
Cuando me marché á la guerra
no lloraba por mi madre,
¡y sí lloraba por *ella!*

136

Desde que murió mi niña
la curiosidad me mata:
¿qué me quería decir
cuando tanto me miraba?

137

La justicia del hombre
no tiene pena
para el ladrón que roba
la dicha ajena.
Por eso, niña,
con el mayor descaro
robas mi dicha.

138

Siempre que te hablo de amor
veo la risa en tus labios;
permítame Dios que esa risa
nunca se convierta en llanto.

139

El querer es como el humo,
que, encerrado, nos asfixia,
y en dándole libertad,
al instante se disipa.

140

Caminito de la Gloria
va el alma de mi morena,
y allá á la puerta del cielo
los angelitos la esperan.

141

Es una profanación
que vengas al cementerio:
ya que en vida le ultrajaste,
déjale después de muerto.

142

No temas tanto, mujer:
mi corazón, con ser grande,
no cabe venganza en él.

143

Me diste una flor un día,
al jurarme tu cariño;
la flor aún conserva aroma,
y tu amor ya está marchito.

144

Tienes los labios rojos,
color de fuego;
¡quién pudiera, morena,
quemarse en ellos!



145

Lloré al faltarme tu amor
y me consoló mi madre;
cuando mi madre se muera,
¿quién correrá á consolarme?

146

¡Mira si puede la envidia!
Fuiste á coger una rosa
y te hirió con sus espigas.

147

Estás luchando, morena,
entre el deber y el cariño;
siempre ocurre en tales luchas
que el deber es el vencido.

148

Como el amor tira á ciegas,
nunca sabe á quién dispara;
por matar un corazón,
á veces destroza un alma.

149

Cuanto más quiero decirte,
tanto más guardo silencio,
porque temo, si te hablo,
decir más de lo que quiero.

150

Al pico más alto
que tiene la sierra
he de subir, niña, por ver si tu sombra
tranquilo me deja.

151

Fué, cuando murió mi prenda,
día de fiesta en la gloria,
día de luto en la tierra.

152

Con acero del más fino
fabrica el amor sus flechas,
y para que hagan más daño,
además las envenena.

153

Alentaste mi cariño
para que se hiciera grande,
y para gozar después,
ingrata, en despedazarle.

154

Suele causar el amor
los efectos más distintos:
el rugido de la fiera
y la sonrisa del niño.

155

Jamás compensa el cariño
las dichas con los pesares:
éstos duran una vida,
y las dichas un instante.

156

Vistieron de azahar su cuerpo,
y parecía en la caja
un angelito del cielo.

157

Por el amor lanzados
en brusco choque,
se fundieron en uno
dos corazones.
Fueron los nuestros;
mas á causa del golpe,
quedaron muertos.

158

Para amargarme la dicha,
brotaron en mí los celos;
que es mi sino no tener
el menor placer completo.

159

Tan hecha mi alma
está á los pesares,
que las penas de otros son las alegrías
para mí más grandes.

160

Yendo yo por un camino
me encontré con el Amor;
temblé al verle; pero el niño,
como es ciego, no me vió.

161

Llevo luto por mi madre
y luto por tu cariño,
y cuanto miran mis ojos
está de luto vestido.

162

Envenena el dios Cupido
las flechas que nos dispara,
mezclando miel con acibar,
risas de placer con lágrimas.

163

Si el amor no fuera ciego
y viera los daños que hace,
huiría á donde no hubiera
corazones inflamables.

164

La causa del llanto
que vierten mis ojos,
no la saben los sabios más sabios:
su ciencia es muy poco.

165

Al ver la risa en tus labios,
mis lágrimas de piedad
secáronse de mis ojos
para no brotar jamás.

166

El amor es una mezcla
de mentiras y verdades,
que hace dudar, si es sincero,
y creer, si es despreciable.

167

Enmudecieron de pena
los pajaritos del bosque
al verme volver sin ti,
llorando nuestros amores.

168

No te rías de mis lágrimas;
que tú las has de verter
y han de ser aún más amargas.

169

Después de besarla tú,
la di yo un beso á mi madre,
sólo por recuperar
el beso que me robaste.

170

Estás hastiada del mundo
cuando apenas le conoces;
tanto cansan los placeres
como cansan los dolores.

171

Te respetó mi cariño
cual se respeta á una imagen;
que el amor guarda el deseo
cuando es sincero y es grande.

172

Brillaba la luna llena,
y para buscar la sombra
fuimos detrás de la iglesia.

173

A la puerta de tu pecho
llamé llorando de pena:
—Perdone por Dios,—dijiste,
sin querer abrir la puerta.

174

Que al fin me rendí á tus plantas
pregonas por todas partes;
como si fuera algo nuevo,
para lograr, humillarse.

175

De entre las mil mujeres
que he conocido,
con tus gracias, morena,
ninguna he visto;
porque las otras
sólo ostentan las gracias
que á ti te sobran.

176

A la orilla de la playa
escribiste una promesa,
que duró en tu corazón
igual que sobre la arena.

177

El lago refleja el cielo:
igual pasa con tus ojos,
pero en el fondo está el cieno.

178

De azahares prendiste
un ramo en tu pecho,
y á la más leve brisa, las flores
al suelo cayeron.

179

Ni ante el tribunal de Dios
podrán juzgar tu perfidia;
que hasta Dios será parcial,
morena, si tú le miras.

180

Lo que la dice el espejo
oir la mujer aprecia,
de verdad, cuando es bonita;
de mentira, cuando es fea.

181

No me chocó tu desvío,
ni tu olvido me chocó;
pero que amaras á otro...,
no esperé tanta traición.

182

Con tu cariño hacia mí
formé castillos de naipes,
y al mirarlos, ni respiro,
porque no los tire el aire.

183

No me llores más, chiquilla;
que tu llanto sólo logra
aumentar la pena mía.

184

Finjo que no te conozco,
para seguirte queriendo,
y prescindo de tu alma,
para idolatrar tu cuerpo.

185

El secreto de tu amor
se lo oculté hasta á mi madre;
las penas de tu desvío
no se las oculto á nadie.

186

—Adiós, —me decía,—
adiós para siempre.—
Su conciencia pura cual blanca paloma,
no temía á la muerte.

187

Siempre encuentra mi cariño
disculpa para tus faltas;
son tales, que no podría
quererte sin disculparlas.

188

Si las penas se vendieran,
¡menudo caudal el mío,
vendiendo todas mis penas!

189

Si es la conciencia un castigo,
compadezco tu existencia;
de lo que has hecho conmigo,
¿qué te dirá tu conciencia?

190

¡Quién había de decir
el día que me engañó
que detrás de sus palabras
ocultaba una traición!

191

El lucero del alba,
con ser tan bello,
está muerto de envidia
por ti, lucero.
Y, aunque lo intenta,
es para él desastrosa
la competencia.

192

Un corazón criminal
luchaba con otro honrado,
y al cabo de unos momentos
eran iguales de malos.



193

¿Que no me quieres afirmar?
Por no decir la verdad,
¡aun eso será mentiral

194

Cerraron sus ojos,
vistieron su cuerpo;
en sus labios quedó una sonrisa
flotando en un beso.

195

¡Cuántos envidian tu suerte
porque te juzgan feliz!
Y es que no refleja el rostro
lo que el pecho guarda allí.

196

Me dices que por qué lloro
y que por qué tengo penas.
¡Ojalá no llegue el día
en que también tú lo sepas!

197

No pretendas darme *achares*;
que ya nada me impresiona
desde que murió mi madre.

198

Con un poco de tu amor
soy el hombre más feliz,
y tú te crees desgraciada
con todo el que puse en ti.

199

Esa dicha que tú ansías
es difícil que la encuentres;
que es la dicha verdadera
conformarse con su suerte.

200

Todo en el mundo se vende,
sin que merezca comprarse,
y nadie vende virtud
ni dicha, con lo que valen.

201

Son las leyes de los hombres
igual que las telarañas,
donde el pobre queda preso
y el poderoso se escapa.

202

Que dejaré tu cariño
la he prometido á mi madre;
pasa un día y otro día
y no sé cuándo dejarle.

203

Tengo una pena tan honda,
tan honda, que ya no es pena:
es parte de mi persona.

204

La tierra bendita
besé con mis labios;
que en su seno descansan ya todos
mis seres amados.

205

Nada es pecado en amor
cuando el corazón lo inspira;
que en el amor, la mentira
es el pecado mayor.

206

Cuando voy mis pesares
dando al olvido,
los renueva la envidia
de algún amigo.

207

Tu perfidia heló mi sangre;
desde entonces en mi pecho
no cabe piedad por nadie.

208

Que soy tímido y cobarde
anda diciendo la gente:
tal me ha puesto tu cariño
y la idea de perderle.

209

Por saber tu pensamiento
yo no sé qué diera, niña;
por ver detrás de tus ojos
cuando amorosos me miran.

210

Ayer tarde me han dicho
que te arrepientes
de pagar mi cariño
con esquiveces.
Quizás sea tarde,
y mi amor no responda
cuando le llames.

211

Lo mismo en amor que en todo,
es la virtud justo, medio:
peca tanto el muy creyente
como peca el muy incrédulo.

212

Que era mi querer tu vida
decías á cada paso:
te alimenta la mentira.

213

Para ver si es mi cariño
tan profundo como pienso,
cierro los ojos y olvido
los encantos de tu cuerpo.

214

A las puertas de la Gloria
escuché hablar mal de ti,
y al instante di la vuelta:
yo no puedo estar allí.

215

Anoche tuve dos sueños,
lo más raros que se ven:
vi hacer justicia á los hombres
y querer á una mujer.

216

Dudando de mi cariño,
quisiste ver si era cierto,
é igual que una mariposa
te has abrasado en su fuego.

217

Los ojos de una mujer
son la elocuencia suprema,
pues con ellos nos pregunta,
nos pide, mata y desprecia.

218

Por olvidarte daría
todas las dichas del mundo:
¿para qué ya mayor dicha?

219

No llores, chiquilla;
pon cara risueña:
si tienes la culpa de lo que te pasa,
¿para qué te quejas?

220

Es la ciencia del amor
como ninguna otra ciencia;
que en el amor la experiencia
aumenta más el error.

221

Dos corazones unidos
quiso el destino apartar,
y sí logro desgarrarlos,
pero apartarlos, jamás.

222

Cuatro solas condiciones
gobiernan la vida humana:
el castigo, el galardón,
el temor y la esperanza.

223

Tan solo estoy en el mundo,
que si tu querer me falta
no tengo querer ninguno.

224

El placer de la venganza
dura un instante, no más;
pero un instante que vale
por toda una eternidad.

225

Por si lograba tu amor,
fingí que no me importaba;
que aquel que expresa un deseo
con dificultad le alcanza.

226

Me negaste tu cariño
y tu amistad me negaste,
como si amistad y amor
fueran dos cosas iguales.

227

Mira tú si será viejo
el pobre corazón mío,
que hasta tu negra traición
tiene dada ya al olvido.

228

Con risas y con cantares
voy disfrazando el dolor;
á los demás les engaño,
pero no me engaño yo.

229

Dices que me tienes miedo
siempre que te hablo de amor:
es que hablan por mí los celos.

230

Cuando te veo llorar
me imagino una traición;
que tú llorando disfrazas
la hiel de tu corazón.

231

Del jardín de la vida
las ilusiones
son las flores más bellas
que cuida el hombre.
¡Lástima grande
que mueran esas flores
apenas nacen!

232

Al saber tu ingratitud
se murió mi pobre madre,
y me dijo al expirar:
—¡Hijo mío, que no tardes!

233

Me acerqué á su lado
y me dijo:—¡Aparta!—
y la ví alejarse, quizás para siempre,
sin decir palabra.

234

Tan segura está mi madre
que me ha de matar la pena,
que espera para morirse
tan sólo á que yo me muera.

235

El amor nos hace ciegos
y todo nos lo presenta
á medida del deseo.

236

El cariño de mi Dios,
puse en ti, y el de mi madre:
los dos cariños más hondos;
los dos cariños más grandes.

237

Que no te quiero aseguras
mira que es negra tu idea:
siendo yo el descalabrado,
quieres ponerte la venda.

238

Ni de noche ni de día
de mí se aparta tu imagen:
las estrellas y las flores
no me dejan olvidarte.

539

Nada me importa en el mundo,
ni ya me apuro por nadie,
después de ver tu traición
y la muerte de mi madre.

240

Cuando alguien me llama amigo
pienso con pena en el alma:
—¿Podré yo decir lo mismo?

241

Si me roban tu cariño,
yo le prometo al ladrón
que no será tu querer
pa ninguno de los dos.

242

Yo creía en tu cariño
aún más que en el de mi madre,
y después, ¡qué desengaño!
¡Qué desengaño tan grandel!



243

Anhelo tanto la muerte,
que cada instante que pasa
pienso:—¿Será éste el momento
de abandonar esta carga?

244

¡Que lloré y me despreciaste!
¡De buena cosa te alabas!
Ten cuidado no te toque
morir por las mismas armas.

24

En lucha con mis pasiones,
voy arrastrando esta vida,
perdidás las ilusiones
y la esperanza perdida.

246

Quisiera perder la vista,
para no ver que tus ojos
me descubren la mentira.

247

¡Qué amarga es la vida!
¡Penas y más penas!
Se murió mi madre, y á los pocos días
murió también *ella*.

248

Quítate ese azahar, chiquilla,
que llevas en la cabeza,
porque en ti esa flor resulta
símbol^o de la impureza.

249

¡Pobre golondrina aquella
que anidaba en tu balcón,
único testigo mudo
de largas noches de amor!

250

Soñé que era transparente
para mis ojos el cielo,
y al verte junto al Señor,
me despertaron los celos.

251

Cubrí su caja de flores,
y aun á pesar de estar muerta,
sus mejillas y sus manos
eran las flores más bellas.

252

Eran las flores más bellas:
rosas de té sus mejillas,
y sus manos azucenas.

253

Cuando paso por tu calle
y te veo hablar con él,
se me va la vista y tengo
que arrimarme á la pared.

254

Desgraciado del pecho
donde la envidia
de sus malas pasiones
hace guarida.
Pues junto á ellas
no cabe sentimiento
que bueno sea.



255

Tu desvío me entristece
y á ti mi amor te da pena.
¡Bendigamos nuestra suertel

256

Por quererte de este modo
me desprecia hasta mi madre;
ya ves tú si tu cariño
me acarrea pocos males.

257

Morenilla mía,
no seas ingrata;
quíereme un poquito; que yo á ti te quiero
con toda mi alma.

258

Cuando me muera no laves
á mi tumba pensamientos;
que, por los que tú me inspiras,
es la flor que más detesto.

259

No te pongas en la iglesia
cerca del altar mayor:
deja siquiera que el cura
conservé la devoción.

260

Me condené por quererte,
y ya ves tú si me pesa,
que á nadie cedo mi suerte.

7

261

Cuanto el mar nos ocultaba
el hombre llegó á saber,
y aún ignora lo que encierra
un corazón de mujer.

262

De penitencia me puso
el cura que te quisiera;
para expiar mis pecados
no halló mayor penitencia.

263

No me pidas que te jure,
que en juramentos no creo,
¡porque he escuchado en amor
tantísimo juramento...!

264

El amor, cuanto más grande,
hace menores las dichas
y mayores los pesares.

265

Las flores de sus mejillas
respetó la muerte fiera;
sólo consiguió cambiar
las rosas en azucenas.

266

El telégrafo sin hilos
no es un invento de ayer:
funcionó con los primeros
ojos negros de mujer.

267

Cuando supe su traición
sentí calor en la frente
y frío en el corazón.

268

Ojos verdes, esperanza;
ojitos azules, celos;
ojos negros, yo no sé;
pero yo los quiero negros.

269

Cuando, harto ya de luchar,
intenté pegarme un tiro,
vino la esperanza y puso
su mano sobre el gatillo.

270

Velando su cuerpo yerto
toda la noche pasé,
y más de una vez dudé
cuál de los dos era el muerto.

271

Son las manchas de la honra
como las manchas del vino:
que aunque salgan, dejan siempre
huella de haber existido.

272

Junto á ti no tengo penas;
que el cariño que me juras
aunque falso, las consuela.

273

Rojas son todas las flores
que tienes en tu jardín;
¿se han vuelto así de escucharnos,
ó es que brotaron así?

274

De entre mil diversas flores
te pedí una flor un día,
y tú me diste una rosa,
sólo porque tiene espinas.

275

No me miren airados
tus ojos negros,
pues yo no sé qué tienen,
que me dan miedo.
Sea tu mirada
promesa de placeres;
no de borrasca.

276

Dicen que todas las cosas
tienen su compensación;
por eso Dios me compensa
la pena con el dolor.

277

Me dices que no me quieres,
y me miras; no me mires,
morena, porque me pierdes.

278

La más grande de las penas,
con que el hombre no soñó,
era verte, dueño mío,
prisionera de otro amor.

279

Como el hierro es mi cariño;
que cuanto más se golpea,
está más duro al martillo.

280

Sujetándome la frente,
cierro los ojos y pienso
cómo, siendo tan ingrata,
te quiero como te quiero.

281

Triunfaron los envidiosos
que tenía nuestro amor,
y matarán tu cariño;
pero mi cariño, no.

282

No ocultes el llanto,
no ahogues la pena;
que llorar es el solo consuelo
que á los dos nos queda.

283

Que de mí sólo serías
me juraste una y mil veces, —
y has cumplido el juramento
como cumplís las mujeres.

284

La cuesta de la amargura
voy subiendo paso á paso,
con esta carga que agobia
de penas y desengaños.

285

Todo el hielo de tu pecho
se va infiltrando en mi sangre
y va matando su fuego.

286

Si lo que haces tú conmigo
se pagara aquí en la tierra,
te impondría la justicia
la más grande de las penas.

287

Yo pienso volverme loco
en esta lucha que traigo,
pensando en el imposible
del amor que nos juramos.

288

Eres tan cruel, chiquilla,
que das la vida á las flores,
para que mueran de envidia.

289



Tu recuerdo vive en mí
sin que un instante se borre,
yo, cada día más viejo;
él, cada día más joven.

290

Quisiera quedarme ciego,
para no mirar tus ojos,
que dan malos pensamientos.

291

Cuando llegué á verla
ya estaba muy mala,
acerqué mi boca por besar la suya
y me dió su alma.

292

Cuando pasas por mi lado,
¡cuántos recuerdos evocas!
¡Cuántas horas de alegrías!
Y hoy de penas, ¡cuántas horas!

293

Me dicen que tienes penas,
tú, que de mí te reías;
van á ser las penas tuyas
mis únicas alegrías.

294

Tu traición no me sorprende;
que en la mujer engañar
es la moneda corriente.

295

De azahares una corona
te he de hacer cuando te cases,
s es que, por azar, te casas, —
después de tantos azares.

296

Yo soy humilde y tú altiva;
veremos quién vence á quién:
si á tu altivez mi humildad,
ó á mi humildad tu altivez.

297

Ya se te logró tu gusto
de que sea mi perdición
aquel amor todo tuyo.

298

Que ausencia mata cariño
dicen los que no lo entienden;
que el que quiere de verdad
quiere más estando ausente.

299

Corazón mío, despierta,
y camina por el mundo
sin que nada te sorprenda.

300

Sólo me pesa una cosa
en el amor que te tengo:
no poderte querer más,
¡y ya ves tú si te quiero!



